

De Madrid +15 a la paz posible

[Shlomo Ben Ami](#)

Pasados 15 años de la Conferencia de Paz de Madrid para Oriente Medio, ha llegado el momento de extirpar el enquistado conflicto entre palestinos e israelíes, que no acepta más parches bilaterales. Una solución integral del contencioso, avalada por la comunidad internacional, es el paso imprescindible para lograr una región estable.

Oriente Medio, sumido en una de sus crisis más peligrosas de los últimos tiempos y atrapado en una lucha trascendental entre las fuerzas del cambio pacífico y quienes se dedican a la política de la catástrofe, vuelve a pedir un gran esfuerzo internacional de paz, antes de que nos veamos todos arrastrados a la perdición colectiva. Lo más positivo es que existen las condiciones necesarias para resolver el conflicto árabe-israelí de acuerdo con los términos plasmados en los principales planes sobre la mesa: los parámetros de paz de Clinton y la iniciativa panárabe. No deben desperdiciarse.



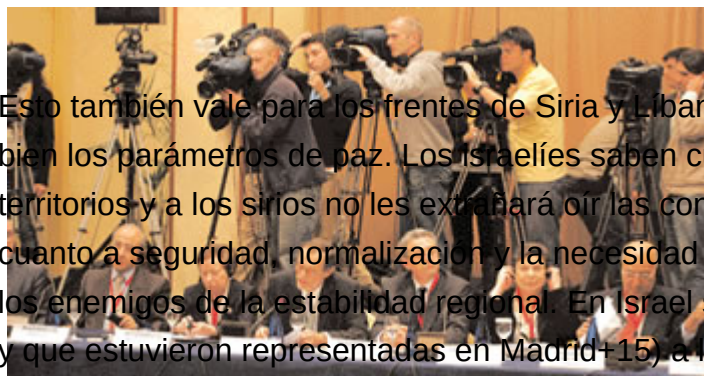
Conversaciones
contra la guerra: arriba, Conferencia de Paz de
1991. A la derecha,
la reunión Madrid+15, el pasado enero.

Los acontecimientos de Líbano y Gaza no son independientes de los intereses y la situación de Damasco y Teherán en Oriente Medio, ni de los miedos y los objetivos de Israel. Irak posee su propia dinámica interna, pero, según el reciente Informe *Baker-Hamilton*, EE UU está perdiendo la guerra por su obsesión con la solución militar y su negativa a negociar con Irán y Siria. Todos los actores, a su pesar, dependen unos de otros, en una relación compleja, por lo que las respuestas deben ser globales. Y para subrayarlo, el pasado enero se celebró en la capital española la reunión Madrid Quince Años Después (Madrid+15), que agrupó a actuales y antiguos funcionarios con resonancia en sus sociedades y ámbitos políticos. Como en la Conferencia de Paz de 1991, el concepto central fue que la solución al conflicto árabeisraelí debe ser un pilar fundamental en la búsqueda de un orden regional estable.

Cada vez más voces en todo el mundo piden una negociación internacional del contencioso entre israelíes y palestinos. Hace unos meses, el Informe Baker-Hamilton señaló la necesidad de reuniones similares a la de hace 15 años. Por otro lado, aumentan los apoyos a la Iniciativa de la Liga Árabe de 2002, incluso en Israel, y el ministro sirio de Exteriores, Walid al Mualem, ha declarado que las negociaciones con Israel pueden comenzar sin condiciones, una apuesta por la paz que avaló el presidente Bachar al Asad enviando a Madrid a dos representantes de alto rango. La pérdida de confianza entre las partes y su absoluta incapacidad de dar el más mínimo paso para acercarse –y mucho menos para respetar sus compromisos sin la intervención de terceros– hacen del marco internacional la única vía para salir de este peligroso estancamiento. El agotamiento de las conversaciones bilaterales se debe también a las discrepancias entre los propios palestinos y entre los israelíes. Lograr la paz interna puede ser un reto tan grande como sellarla entre las partes. El principal mensaje de Madrid+15 es que, si bien nuestra trayectoria en tareas de pacificación no ha sido edificante, hay que persistir, porque la labor de la diplomacia consiste en poner a prueba la esperanza, aunque la experiencia la contradiga. Ahora bien, como se reflejó en las conclusiones de la reunión de enero, no se puede desenredar la madeja del conflicto palestino-israelí; hay que usar la tijera. Hace falta un salto radical hacia adelante, una solución que abarque los aspectos fundamentales de la disputa.

El proceso de paz tal como lo hemos conocido está acabado. Ahora, las opciones son: una retirada unilateral (como la que precedió a la actual guerra en Gaza) o un plan integral que se añadiría a la Hoja de Ruta del Cuarteto (EE UU, Rusia, UE y ONU) y que las partes tendrían que avalar. Si se intenta seguir adelante mediante reformas de una Hoja de Ruta sobre cuyos parámetros fundamentales las partes tienen opiniones diametralmente opuestas, sólo se conseguirá otro fracaso. Pero no hay razón para asustarse: la solución al conflicto árabe-israelí está esbozada ya en los principales planes de paz que hay sobre la mesa: la Hoja de Ruta, los parámetros de paz de Clinton y la iniciativa panárabe. Sólo hay que añadirle precisión y concreción.

Es cierto que 15 años después de la primera reunión en Madrid no hemos alcanzado aún la *tierra prometida de la paz* entre árabes e israelíes. Pero sabemos mejor qué es inevitable para llegar a ella. En 1991 acordamos una fórmula de *paz por territorios*. Pero los israelíes nunca pensaron que tendrían que devolver todas las tierras y los árabes tal vez no creyeron que tendrían que ofrecer toda la paz. Hoy todo el mundo sabe a qué nos referimos al hablar de territorios y todo el mundo sabe a qué nos referimos al hablar de paz.



Esto también vale para los frentes de Siria y Líbano, donde se conocen muy bien los parámetros de paz. Los israelíes saben cuál es el precio a pagar en territorios y a los sirios no les extrañará oír las condiciones de Israel en cuanto a seguridad, normalización y la necesidad de que dejen de coquetear con los enemigos de la estabilidad regional. En Israel se alzan voces (nada marginales y que estuvieron representadas en Madrid+15) a las que les gustaría que el Gobierno de Ehud Olmert, como ha aconsejado prudentemente el presidente egipcio Hosni Mubarak, pusiera a prueba la sinceridad de la ofensiva de paz siria aceptando el llamamiento de su presidente a entablar negociaciones. Muchos pensamos que sería un error y una temeridad que Israel se apartara de la costumbre, establecida por todos los gobiernos del país desde 1992, de negociar con Siria en reconocimiento a su papel en la región. En cuanto a Líbano, todos observamos su lucha por la democracia y la independencia con verdadero interés, incluso con admiración. Entre nuestros dos Estados no hay ningún problema que no tenga solución diplomática.

Que Líbano sea un país próspero y posea en la práctica el control de su territorio, después de haber sido terreno de juego de fuerzas extranjeras durante demasiado tiempo, es de vital interés para Israel.

Es cierto que 15 años después de la primera reunión en Madrid no hemos alcanzado aún la 'tierra prometida de la paz' entre árabes e israelíes

Las posibilidades de pasar de una iniciativa de la sociedad civil, como Madrid+15, a una conferencia internacional que sea oficial y reanude el proceso de paz árabe-israelí dependen de que se produzca un cambio de actitud de los dos actores principales, Israel y Estados Unidos. Las reservas del primero derivan de su legítimo temor a que el encuentro se convierta en una trampa en la que se quede aislado y obligado a aceptar soluciones contrarias a sus intereses fundamentales. Esta objeción se verá justificada si la conferencia es una plataforma que acoja y legitime todo tipo de propuestas. Para que Israel acepte una conferencia internacional, ésta deberá celebrarse con arreglo a un programa acordado y unas normas estrictas. La disposición de Washington a asumir un papel organizador será crucial para que Israel confíe en que no se trata de entregarlo sino de buscar honradamente una paz estable que garantice sus intereses vitales en materia de seguridad y sus valores constituyentes como Estado democrático judío.

Si el modo en el que concluyó la ofensiva israelí en Líbano el pasado verano sirve de indicio, es posible que Israel esté haciéndose a la idea de que es necesaria la intervención de la comunidad internacional para alcanzar la paz. A partir de ahora no tendrá más remedio que depender mucho más del escudo que le ofrece el muro invisible de la legitimidad internacional. Resulta irónico –y espero que no escape a la atención de los dirigentes israelíes– que, pese a ser Israel un país en el que Naciones Unidas y sus resoluciones nunca han gozado de buena prensa, la guerra contra Hezbolá tuviera como meta esencial obligar a Líbano a cumplir una resolución del Consejo de Seguridad (la 1.559, de 2004, que exige el desarme de la milicia chií y su retirada de la frontera sur de Líbano, y pide su sustitución por el Ejército de ese país). La ironía no acaba ahí: comprobado que no se iba a poner de rodillas a los hombres de Hasan Nasralá, el objetivo se cambió por el despliegue de una sólida fuerza internacional en esa zona, con mandato de la vilipendiada ONU y formada por europeos *proárabes*.

LA HORA DE EUROPA

Ésta puede ser la hora de Europa. El éxito del estilo del Viejo Continente –multilateralismo y misiones de paz bajo mandato de la ONU– cobra aún más importancia por el espectacular descenso de la credibilidad de Washington en Oriente Medio y el sonoro fracaso de la estrategia unilateralista de EE UU e Israel. Con su abandono del legado pacificador de Bill Clinton y la pérdida de los canales de comunicación con los enemigos de Israel (Hezbollah, Irán, Hamás y Siria), Estados Unidos ha ayudado a situar a Europa en la posición poco frecuente de ser una alternativa viable. En el volátil e impredecible Oriente Medio, Israel siempre tendrá que mantener un Ejército muy fuerte y capacitado. Pero la guerra de Hezbollah contra Israel –como el desafío de Al Qaeda en Irak– ha dejado al descubierto los fallos del combate tradicional cuando el enemigo no es un ejército regular, sino una milicia religiosa bien equipada y muy motivada. Ése es un aliciente más por el que Israel tendrá que incorporar, a partir de ahora, la legitimidad y la intermediación de la comunidad internacional para resolver sus conflictos con el mundo árabe, como elemento importante de su doctrina de seguridad.

Muchos de los males de la región tienen poco que ver con el conflicto palestino-israelí. Sin embargo, sólo cuando éste se resuelva podrán crearse las condiciones para un acuerdo entre Israel y todo el mundo árabe y musulmán y, tal vez, construir un sistema regional de seguridad. Además, como quedó claro en la reunión del pasado enero, la filosofía de Washington en la región no nos lleva por buen camino. La paz no puede ir unida a un concepto occidental de la democracia árabe. El final del conflicto y el principio del desarme ideológico son los componentes fundamentales para democratizar la región, no a la inversa.

Fecha de creación

26 mayo, 2007